

Fuera de cuadro

Lola Millás

I

Por aquel entonces...

tendría siete u ocho años y como es lógico a esa edad, andaba y corría con toda normalidad, incluso trataba de escalar por lugares que revestían cierto riesgo para mi diminuta figura, pues el hecho de intentarlo me hacía sentirme más fuerte. También es cierto que a veces me caía y no era raro que en mis piernas y especialmente en las rodillas, luciera moratones y rasguños producidos en estas andanzas. Pues bien, esa seguridad con la que me movía, era pura apariencia. Vivía presa de múltiples miedos para transitar por los diferentes espacios que ya, unas veces de manera consciente y otras inconscientemente, iba descubriendo a mí alrededor.

Eran años oscuros en los que la vida transcurría en un blanco y negro que a veces se deslizaba hacia la gama de los grises. Así, para no desentonar con el entorno, mis días comenzaban tan temprano que al salir del portal de mi casa tras haber ingerido el inevitable desayuno de leche con migas de pan, se podría pensar que lo hacía a una hora imprecisa, ya que no era del todo de día ni tampoco de noche, lo que me producía un grado de angustia que nunca me atreví a confesar a nadie no fueran a tacharme de cobarde. Además, la queja y el miedo no entraban en el programa de vida confeccionado por mis progenitores. Siendo la mayor de una familia numerosa, se daba por hecho que mis actuaciones deberían servir de ejemplo para toda la caterva de criaturas que habían ido aterrizando en este mundo durante cortos espacios de tiempo. Así las cosas, no tuve más remedio que aprender a defenderme sola de mis propios miedos para sobrevivir, porque lo que estaba claro es que la vida me parecía algo hermoso a pesar de las limitaciones con las que solía tropezarme a menudo.

En aquellas mañanas de invierno, cuando de las farolas aún se desprendía una tenue luz y a fin de desplazar el nudo de angustia que me atravesaba la garganta, procuraba fijar la atención en el suelo de los diferentes lugares por los que debía caminar hasta llegar a la puerta del colegio. Llegué a lograr un estado de concentración tal que sin levantar la cabeza, era capaz de llegar correctamente a mi destino, a pesar de que mi domicilio y el colegio se encontraban en extremos opuestos de la ciudad, pues me había aprendido de memoria los espacios por donde pisaba. Recuerdo que, por entonces, la mayoría de las calles no estaban asfaltadas, esto vino después. Lo que realmente llamaba mi atención era el enlosado de las aceras, casi siempre compuesto de cuadrículas más bien grandes, aunque existían zonas empedradas por bloques que sin ser cuadrados del todo, también estaban compuestos de cuatro lados con sus correspondientes esquinas. Mas tarde supe que se llamaban rectángulos.

En el colegio y otras veces en los jardines que salpicaban la ciudad, solía practicar un juego con las amigas que en mi tierra llamábamos «sambori» (después no me molesté en averiguar la denominación que recibía en otras ciudades y me quedé con esta palabra a modo de recuerdo). Se dibujaba en el suelo una especie de plano compuesto de cuadrados y rectángulos numerados y se debía saltar de uno a otro «a la pata coja», sin pisar la raya que los separaba y empujando, a la vez, una piedra que nos precedía y que también estaba sujeta a las mismas reglas del juego. Tanto me aficioné a él, que en mis idas y venidas del colegio a casa en una especie de extraña deformación «profesional», aprovechaba las cuadrículas del suelo para caminar de tal forma que mis pies siempre se posaran en el centro y nunca, salvo situaciones imprevisibles como sortear las vías del tranvía, pisaran raya alguna.

Ocurría, que cuando a pesar de mi concentración en los enlosados el grado de angustia se me hacía insoportable, levantaba la cabeza y me iba fijando en los edificios de uno y otro lado de la calle, siendo así como advertí con sorpresa que sus ventanas eran cuadradas y las puertas rectangulares, lo que en mi imaginación venía a ser una forma defectuosa del cuadrado. Tan solo en los edificios antiguos y de estilos peculiares como El Palacio del Marqués de Dos Aguas o La Catedral, estas oquedades solían

presentar formas más complejas y no exentas de un cierto misterio.

Al menos dos días por semana, a la salida del colegio, iba a comer a casa de mi abuela, lo que venía a romper la monotonía del recorrido habitual. Esas ocasiones constituían algo muy especial, pues en aquel lugar que años atrás fuera el hogar de mi padre y de sus numerosos hermanos, mi vida adquiriría otros tintes. Allí era tratada como una niña, la única de la casa que se sentaba a la mesa con tres personas adultas: mi abuela, su hermana Filomena y su hija Amparo. Las tres se esmeraban por atenderme y aunque me obligaban a rezar más de lo deseado, también es cierto que me procuraban siempre el mejor rincón de la casa, bien para dormir o simplemente para contemplar la calle a través del mirador, una especie de cuadrado tripudo, delante del cual había una pequeña silla esperando mi llegada. El itinerario a seguir desde el colegio hasta la casa de mi abuela, se deslizaba a través de una de las principales arterias de la ciudad que corría paralela a la margen del río Turia, por donde iba caminando, siempre a buen paso, y procurando pisar dentro de cada cuadrícula. Pero la falta de concentración ante un paisaje que ya, en pleno día, mostraba una gama de olores y colores imposible de ignorar, confundía mis sentidos y me llevaba a pisar raya con cierta frecuencia, a pesar de que mentalmente iba repitiendo el estribillo de «quien pisa raya, pisa medalla»

La casa de mi abuela era amplia y en forma de ele. En el ala más corta de este hábitat, reservada a la zona que podríamos llamar de servicios y comedor, los suelos estaban salpicados de losetas blancas y negras alineadas en perfectos cuadrados, mientras que, al otro lado, en todos los dormitorios y lo que fuera biblioteca y despacho de mi abuelo, tenían una disposición distinta de manera que, aun siendo cuadrados, dada su colocación, recibían el nombre de rombos. Yo tenía la suerte de dormir en la biblioteca, lo que me dio acceso a numerosos libros que pronto fueron despertando mi imaginación y me ayudaron a crear mundos secretos en los que resguardarme de los fantasmas que el miedo y la angustia hacían crecer a mi alrededor. En aquellos momentos en los que todo quedaba en silencio, me convertía en la dueña y señora de historias fantásticas escondidas entre las páginas de aquellos obje-

tos, casi cuadrados, que consultaba sin ser vigilada por nadie hasta que el sueño acababa por vencerme.

En la familia de mi padre, y que yo sepa desde mi bisabuelo, que era escritor, existían una serie de hábitos que pronto me sedujeron y cuyo poso iría marcando mi futuro. Ya desde los primeros años del siglo XX, todos los acontecimientos familiares eran grabados en cine que, después, en diferentes celebraciones con primos y tíos veíamos una y otra vez hasta la saciedad. Uno de mis tíos, gran aficionado a la fotografía, que tenía su laboratorio situado en la parte de la vivienda que hemos dado en llamar de servicios y comedor, me descubrió cómo se revelaban las imágenes captadas por las cámaras, bien fueran de fotografía o de cine. Así es como encontré en mi vida nuevos cuadrados, ya que en aquellos años, las fotos tenían ese formato y lo mismo ocurría con los fotogramas de las cintas de cine.

Entonces no era consciente de que tales hechos no eran frecuentes en todas las familias, como tampoco lo era de las huellas que tales rituales iban dejando en mi interior. Para entendernos en términos actuales, se podría decir que se empezaba a formatear mi disco duro.

Pero todo esto pasó. Los niños fuimos creciendo y la familia se fue disgregando por diferentes lugares de la geografía. De pronto y en plena adolescencia, sentí la punzada de la soledad y una sensación de fragilidad inexplicable. Mientras esto sucedía ya todas las calles estaban asfaltadas, lo que me provocaba un tremendo aburrimiento. Solo en los pueblos y en las afueras de las ciudades quedaban algunas losetas cuadradas o simplemente, tierra y barro. También las reuniones familiares se fueron distanciando hasta difuminarse en lo que ya era un mundo distinto al que empezaban a llegar los primeros electrodomésticos. Pero yo solo sentía interés por la radio, un aparato de madera fabricado por mi padre que, curiosamente, también tenía cuatro lados. La escuchaba con frecuencia a la vez que leía cuanto estaba a mi alcance, aunque siempre con la amenaza de la censura de mis mayores por lo que, en un determinado momento, aprendí a hacerlo en la clandestinidad, de la misma manera que me escabullía de las clases para colarme en las sesiones matinales de cine, pues a pesar de los antecedentes familiares a los que me he referido, la asistencia a cualquier sala de

proyección, formaba parte de un largo rosario de prohibiciones y solo pude acceder a este privilegio, de manera oficial y acompañada de mis padres, pasados los catorce años para ver una película histórica: «Jeromín». Lejos estaban ellos de imaginar que ya me había convertido en una joven cinéfila

Seguí creciendo con una especie de regustillo por lo clandestino, hasta que el descubrimiento por parte de mis profesores de tanta ausencia matinal, unido a la falta de atención durante las clases, dio lugar a mi expulsión del colegio de monjas y aunque lamenté el disgusto ocasionado a mis padres por semejante afrenta, no pude evitar el sentimiento de una gran liberación; me había quitado, sin saberlo, un gran peso de encima. Algo debió hacer entender a mis mayores que la enseñanza religiosa y yo éramos incompatibles, pues mi nuevo colegio estaba en manos de seculares y más de uno pertenecía a la Generación de El Paso, lo que me abrió nuevas y agradables posibilidades de aprendizaje e hizo crecer mi autoestima proporcionándome, a la vez, cierto prestigio entre los educadores del centro. Se desarrolló claramente mi gusto por todo aquello que relatará historias lo que, inevitablemente, seguía encaminándome hacia la literatura y el cine. Sentí que de nuevo había pisado raya y, entonces, me gustó

II Más tarde...

y una vez que en mi vida se habían producido no pocos cambios, ejercité el derecho a elegir tanto en el terreno familiar como en el laboral, si bien es cierto que todo tiene su precio y he pagado por ello. Digo esto, porque paralelamente a mi vida de familia fui buscando caminos secundarios que me condujeran a trabajar en temas que consideraba gratificantes, al margen de que social y económicamente estuvieran menos reconocidos que otras profesiones.

En esta andadura fui a dar de cabeza con el ámbito cinematográfico sin abandonar por ello mis aficiones literarias que, en unos años, me llevarían a rellenar las páginas de algunos cuadernos que ya amarillean.